

El presente de una ilusión

Pascal Martin

El hecho de que la violencia esté “en la atmósfera de este tiempo” no debería dejar de cuestionarnos. ¿Por qué, en efecto, justamente en este tiempo, si jamás cultura alguna ha sido tan aseguradora?

Cuando aparece en el campo de la conciencia, es siempre por fractura: la violencia nos violenta. Está ligada al acto, parecería que indisolublemente.

De pronto, sería el caso de decir que no nos queda más remedio que discurrir sobre los sujetos violentos, tratar de poner dique a sus efectos, de acuerdo con la más radical de las ilusiones: la del pensamiento mágico. El político, tanto como cada uno, gana así en comodidad. Sujeto violento: ¿pleonasma?

¿Y si —hipótesis— en lugar de ser meramente un hecho diverso, la violencia se encontrase en el origen mismo de lo humano, de lo social, de la institución, o fuese ese origen mismo? ¿Si en lugar de confiscarla luego de categorizarla, fuese necesario, por lo contrario, hacerla pública, liberarla de su yugo patológico, interrogarla desde el lugar mismo de su esencia y no únicamente de sus efectos? Entonces puede ser que asumiera una bien diversa andadura,

su silueta advendría entonces extrañamente familiar, tan cercana a cada uno que podría llegar a decirnos algo verdaderamente personal.

Pero ¿están el sujeto, y además la institución, dispuestos a pagar el precio de este esfuerzo de desvelamiento “arqueológico”? Verdad de la violencia, violencia de esta verdad: lo que está en juego es tanto de alcance individual como político.

Aproximación a la violencia

La ilusión devastadora del presente sería seguir creyendo en los mañanas que cantan.

Hoy ya es mañana y es aún ayer; he ahí, sin duda, la primera enseñanza que todos recibimos de la violencia. Así es, por poco le prestamos atención, es decir que tengamos suficiente perspectiva respecto a ella.

La idea misma de violencia nos proyecta hacia un espacio-tiempo balizado, por una parte, por la larga historia de la humanidad y, por otra, por el más pequeño denominador común de lo relacional, a saber, la mirada que dirigimos sobre el otro.

La violencia transporta. Invita a un viaje —no siempre confortable—, a la aventura en la historia de los hombres. Convoca al sujeto y le fuerza a contemplar sus orígenes, tanto como le fuerza a proyectar hacia su porvenir. Le intimata a pensar su vida.

La violencia está exactamente en el centro de la vida y la muerte. Sus manifestaciones plurales son el reflejo de ese combate perpetuo entre Eros y Thanatos.

PASCAL MARTIN

Conferencia realizada en la UNESCO en 1992, editada como artículo en la revista *Travail Social* n° 5, Friburgo, mayo de 1993.

Por eso, es imperativo dejar de hacer de ella únicamente objeto de repulsión, dejar de desprenderla del hombre para convertirla en una calamidad social perteneciente a ciertos grupos —por ende no a otros—. Sobre todo, es imperativo dejar de confundir sus desbordes con su esencia, de mezclar, en otros términos, lo manifiesto y lo “latente”.

La violencia es inaccesible a cualquiera que pretenda hacer de ella un objeto desprendido de sí mismo. No se presta a reflexión alguna que la confundiera con un accidente puntual, un error de la naturaleza o de la cultura.

La dificultad para abordar la violencia proviene principalmente del hecho de que, justamente, no es abordable. Hay que tomar todo al mismo tiempo: su esencia y sus manifestaciones, su historia y sus actos, y todos los sujetos que en ella son confrontados.

Sin lo cual, ella se repite y continua en su trayectoria destructiva y ciega.

La violencia fuerza al pensamiento a trabajar, exige de la inteligencia que se supere a sí misma.

Por eso, en este fin de siglo cuando se querría hacernos creer que las respuestas son más importantes que las preguntas, cuando la vida se consume y se consuma en el objeto, la violencia retorna tan violentamente.

Ella no se deja tomar así. Es preciso comenzar por reconocerla, en todas las acepciones del término.

Primer punto entonces, masivo: hay, o habría, una articulación inevitable entre la violencia y el pensamiento. Esto quiere decir que lo concreto no puede, por sí sólo, dar cuenta de la gestión de las manifestaciones violentas. Las soluciones concretas, las canalizaciones de la violencia en diversas actividades no la curan, a lo sumo la anestesian.

De hecho, lo que produce sufrimiento tanto para el sujeto violento como para su entorno, permanece intacto, en barbecho. Enton-

ces, como todo cuerpo anestesiado, está más precisamente llamada a revivir, aquí o en otro lugar. Existen por otra parte, a tales efectos, estrategias consistentes en adormecerla en un lugar, en desplazarla para que despierte en otra parte.

Para hacer frente a la violencia, se necesita tiempo, espacio y una inteligencia más que meramente pragmática. Será necesario entonces violentarnos, ya que me parece que la inteligencia, en tanto herramienta para pensar el mundo y los hombres es singularmente maltratada en estos últimos tiempos, pero no hay que desesperar.

En *El porvenir de una ilusión*, Freud decía: “*La voz del intelecto es leve, mas no descansa hasta ser escuchada. Y al final lo consigue, tras incontables, repetidos rechazos.*” Y agrega: “*El primado del intelecto se sitúa por cierto en épocas futuras muy, pero muy distantes, aunque quizá no infinitamente remota.*”⁽¹⁾

Era 1927, apostemos al menos a que, a pesar de las apariencias, nos acercamos a su esperanza. Veremos. Después de todo, puede ser que una inteligencia advertida valga por dos. Avancemos nuestra mirada sobre lo que es hoy nuestra relación con la violencia. Por otra parte, sería más justo hablar de nuestras relaciones con las violencias. Propondría aquí tres formas. Será preciso dedicar tiempo a interrogarlas escrupulosamente en lo cotidiano.

La violencia física, aquella que utiliza los golpes en lugar de las palabras. La violencia verbal que utiliza las palabras como si fueran golpes. Y la violencia institucional, más taimada aún, sin saberlo los actores, dispuesta a todo

1. En todos los casos el texto en *italica* proviene del original. Por otra parte, se advierte que en dicho original no aparecen notas al pie o referencias bibliográficas. La presente cita ha sido transcrita de la traducción realizada por José Luis Etcheverry de las *Obras Completas* de Sigmund Freud editadas por Amorrortu, Buenos Aires, 1979. (*El porvenir de una ilusión*, tomo XXI de las O.C., p. 52)

para que, cueste lo que cueste, aquello a lo que apunta sea alcanzado. Con mucha frecuencia a costa de los sujetos que viven allí o, por lo menos, a costa de su palabra.

Sea cual fuere la forma que toma, la violencia es la destrucción del hombre por el hombre.

Parece que pagamos un pesado tributo a aquellos que nos quisieron hacer creer que el hombre era naturalmente bueno. Sin embargo, si eso fuera cierto ¡lo sabríamos desde la horda primitiva!

Es inútil volver sobre el inmenso campo de batalla que el mundo es, ha sido y será. Recordemos, nada más que para tenerlo presente, que el cristianismo en el cual estamos inmersos —cuyos vínculos con la violencia, por otra parte, son con frecuencia ambiguos— nos ha puesto en la pista, hace cerca de dos mil años cuando, haciendo suyo el mandamiento “no matarás”, enunció a la vez que el homicidio debía ser prohibido por ley divina, porque que si no, el hombre corría el riesgo de dejarse llevar por una de sus inclinaciones naturales.

Por este rodeo de aproximadamente dos mil años, vemos que la violencia cuestiona fuertemente la articulación entre naturaleza y cultura.

Y esta articulación no es evidente, quiero decir que no es respondiendo a los desarreglos instintivos que hemos arreglado correlativamente la cuestión de la violencia.

Lo que anuncia la cuestión del desarreglo, es que sería sostenible creer que habría sujetos violentos y otros que no lo serían.

Ahora bien, por desgracia —o por suerte, decidan ustedes—, la lectura de lo cotidiano nos muestra que esta clasificación no se sostiene: la violencia habita en cada uno de nosotros, son los contextos sociales, económicos, culturales, raciales, los que favorecen o inhiben la expresión violenta.

Por tanto, modificar los contextos no suprimirá la violencia. Hay que parar de soñar, es demasiado peligroso.

Modificar los contextos permite poder plantearse la cuestión de la violencia en un marco que no agrega nada. (Quizás es en ese agregado, en esa TVA institucional —tasa sobre la violencia agregada— donde uno podría encontrar una definición de lo que es una institución violenta) (2)

Articulación pues entre naturaleza y cultura, es decir articulación con el lenguaje. Es esto lo que me parece fundamental en la aprehensión de la violencia: ¿cómo el sujeto violento está articulado al lenguaje?

Es decir que lo que la violencia deja ver es a menudo ese fracaso estupefaciente de lo simbólico. Fracaso radical —no por ello definitivo— o resbalón de lo simbólico vinculado al deslizamiento de las instituciones.

Los ejemplos forman legión, dejo a cada el cuidado de acordarse de algunos. No existe más que la dificultad de la elección; por otra parte, ésta explica a aquella.

Sin embargo me detendría sobre uno de esos deslizamientos institucionales que, me parece, aclara —si no explica— la violencia cotidiana.

Este deslizamiento parece ser doble. Hay efectos terribles sobre los sujetos. Primero —primera forma de deslizamiento— la vida va más rápido que la vida.

Segunda forma de deslizamiento: la vida es o pretende ser asepticada de todo lo que es malo o lo que representa el mal, la muerte por un ejemplo.

La vida va más rápido que la vida

¿Cuántas veces en una jornada se dice esta frase: “¡No tengo tiempo!”? ¿Cuántas veces esta expresión?: “En los tiempos que corren...”

2. Entre paréntesis en el original.

¿Cuántas veces este mandato: "¡Hazlo rápido, apúrate!"?

El hombre está urgido. Urgido para terminar, es claro, tanto más urgido cuanto su inconsciente le hace creer que es inmortal y que el consumo se lo recuerda, ya que el juego del goce sería consumir cada vez más, cada vez más rápido.

El mundo se vuelve loco, como ese manubrio que nunca llega a pararse en el film de Hitchcock.

¡Y bien! la clínica nos muestra: cuando un sujeto no se toma el tiempo de tomar su tiempo, su violencia retorna.

Esta no plantea demasiados problemas, ya que es una violencia que se vuelve sobre el mismo sujeto.

Pero sin embargo, el suicidio es una terrible violencia y ¿cómo no ver sus efectos negativos en ciertos actos violentos aparentemente dirigidos al otro?

Freud veía en la ciencia el contexto que le permitiría a la humanidad conservar su sangre fría. Temo que sobre este punto, haya pecado de optimista: la ciencia y sus traducciones tecnológicas se precipitan hacia adelante y, a veces, tienen mucha dificultad para diagnosticar la situación.

Comprender la violencia requiere, imperativamente, tener tiempo. Esto no sería sino porque a menudo, la articulación al lenguaje es deficitaria en estos sujetos y es necesario tomar desvíos, menos riesgosos, pero más largos. El trabajo de Richard Hellbrunn de cual hablaré más adelante, es el ejemplo mismo de este desvío necesario.

Así pues, tomarse su tiempo es vital. Aceptar el deber de tomarse tiempo es fundamental para vivir.

La vida es o se pretende aseptizada

La muerte ha sido confiscada, lo sabemos, estimamos cada día los efectos de ello sobre

nuestra organización social. Morir en casa se ha vuelto un lujo, en las ciudades la muerte es invisible; sus rituales han desaparecido.

Es necesario mostrarla más y más, pero en un espacio propio, aséptico: el espacio catódico, suficientemente distanciado, para que la cuestión de lo que es morir no sea planteada.

Esta confiscación de la muerte, su asepsia por lo social, no deja de tener consecuencias sobre la vida; como bien lo muestra Patrick Baudry en su última obra : *El cuerpo extremo* (Le corps extrême).

Ya que los rituales de muerte han desaparecido, ya que la muerte se invisibiliza, es necesario ponerla en escena. Pero he aquí que lo simbólico desfallece una vez más: la puesta en escena ya no es simbólica, se torna real.

Es la muerte real la que está en la mira, de sí y para los otros. Llegar hasta el borde de sus límites, a veces esponsorizados, por otra parte, por el consumo, para reencontrar verdaderamente la muerte. Aún ahí, una sociedad que alcanza este tipo de extremos es ella misma una sociedad enferma de sí misma.

Es de estas violencias que querría hablar. Ruptura en relación a nuestra larga historia, pérdida del pensamiento, retroceso de la inteligencia, obsesión enfermiza de respuestas, carrera contra reloj, desritualización de la muerte. En todo, pesado desfallecimiento de lo simbólico. Estas violencias despliegan el tapiz verde a las violencias más cotidianas que nos abruma, como víctimas o como autores.

Encontré en Jean Baudrillard una frase que para mí tiene sentido: *"En una sociedad que, a fuerza de profilaxis, de matar sus referencias naturales, de blanquear la violencia, de exterminación de sus gérmenes y de todas sus partes malditas, de cirugía estética de lo negativo, no quiere tener otro asunto que no sea la gestión calculada y el discurso del Bien, en una sociedad donde no hay más posibilidad de decir el mal, éste se metamorfosea en todas las*

formas virales y terroristas que nos obsesionan."

Para concluir, la violencia plantea cuestiones sobre nuestros orígenes: debemos tomar el tiempo de reflexionar sobre ello, al menos cada uno para sí.

La violencia impone respuestas que, cuando refieren a la economía del lenguaje, es decir, del intercambio en torno de lo que falta y de lo que es diferente, son respuestas reaseguradoras, pero insatisfactorias.

La violencia expone a los sujetos mismos, y esta experiencia no es simple. Es imperativo acompañar a estos sujetos, sean autores de actos violentos o víctimas, en la búsqueda de sí mismos. El encierro y la reparación financiera no son la respuesta a la cuestión de los sujetos, son respuestas del Estado.

La violencia plantea, impone y expone: si el sujeto no está solo en esos momentos, que pueden ser fundantes para él en impulso simbólico nuevo, entonces la violencia retoma su lugar y no invade todos los espacios. Si no, ella se hace acto, implota o explota: en ese momento, las respuestas a los desbordes, no pueden ser sino desestructurantes para el sujeto.

Hay que dejar de pensar o creer que existen respuestas colectivas a cuestiones individuales. La eficacia del colectivo es pertinente si el sujeto encuentra un lugar en él, sino, se lo hará por sí mismo, y esto será siempre violento.

La violencia se asemeja a la histeria en el hecho de que hace fracasar todos los discursos constituidos y friolentemente replegados sobre sí mismos. Ella tiene razón de las certidumbres. Avanzar en la gestión de la violencia requiere pues, un abordaje realmente transdisciplinario.

Ningún discurso teórico puede, por sí solo, dar cuenta de la totalidad del fenómeno violencia. Lo dijimos en la exposición introductoria: la violencia interroga la larga historia de la humanidad.

Sin embargo, una mirada exclusivamente histórica no podrá dar cuenta del lugar del psiquismo en la puesta en escena violenta.

La violencia interroga a lo social en tanto que grupo, pero igualmente, la sociología no podrá dar cuenta de la dimensión intrasubjetiva de la violencia.

La violencia interroga al sujeto, pero el psicoanálisis, que tiene horror del acto y no sabe que hacer en su campo, no podrá dar cuenta de los aspectos sociales y políticos de la violencia.

La violencia interroga a lo político, pero éste permanece sordo, aún, a la intrasubjetividad, y no piensa sino en términos de responsabilidad colectiva y mantenimiento del orden contra la subversion.

La violencia interroga al cuerpo, pero la medicina, con sus tendencias clasificatorias y su elusiva voluntad de curar, no podría tener en cuenta los aspectos relacionales de la violencia.

La violencia interroga a la ley, pero la justicia no puede responderle sino en términos de leyes que establecen el marco de lo bueno y lo malo, aun cuando su escucha se refuerce del lado de los menores.

Es por tanto imperioso hacer de tal modo que estos discursos se reencuentren, en lugar de afrontarse o de excluirse uno al otro. En última instancia, es el sujeto violento quien debe elegir el ángulo que mejor le conviene para avanzar en la búsqueda de sus respuestas.

En cuanto a los expertos en violencia, más vale aprender a defenderse de ellos: la violencia en este caso es tomada como rehén. Los consejos dados por los expertos están siempre llenos de buen sentido, pero un consejo, aun bueno, no puede reemplazar a un pensamiento personal sin riesgo de objetivar a todos los protagonistas.

El aspecto desconocido o demasiado frecuentemente negado de la violencia, es que

ella entra en escena para defender al sujeto contra ataques internos o externos.

El sujeto violento es un sujeto que sufre. No retengamos sólo que él hace sufrir.

Aceptemos pensar la violencia como una paradoja y no como un horror y tendremos más elementos coherentes para aportar a aquellas y aquellos que la viven todos los días, sintiéndose impotentes y desvalidos.

Para terminar, querría citar a George Steiner, un filósofo de nuestro siglo. Los últimos acontecimientos donde, me parece que con cierto cinismo, fue dicho que confundir político y humano era un error, me impulsan a hacerlo, en tanto me parece que pedimos mucho al político, que sea humano, por ejemplo.

George Steiner escribió: "*Uno de los espíritus más radicales de nuestro tiempo definió así la tarea que incumbe a la sombría época en que vivimos: reaprender a ser humano.*"

Si la violencia nos da esta lección, no podemos sino estarle agradecidos.

Terapias de choque y formación

Las terapias de choque, creadas por Richard Hellbrunn hace unos veinte años, apuntan a permitir el reencuentro de los sujetos violentos y de las víctimas en un marco que sea suficientemente estructurado como para que, al fin, las palabras circulen.

Pero para que esta palabra exista, hay que dar un paso hacia el sujeto violento, adoptando por un momento su modo de expresión puramente corporal.

Es a partir de una práctica que vincula los gestos del boxeo y el psicoanálisis que este trabajo es posible y ofrece, a los sujetos que se comprometen, la posibilidad de superar el traumatismo para pasar a otra cosa.

En un número de *Ecchymose*, hay un dibujito donde se dice: "*Yo me pregunto si los trabajadores sociales están, tanto como debe-*

rían, preparados para asumir la violencia verbal y física".

En los años '70, ellos llaman a la puerta de un buen doctor Forda, psicoanalista. En 1990, van sobre todo a ver al maestro Takakonié, especialista en artes marciales.

Despejaré este propósito diciendo que, ni uno ni otro, han golpeado en la puerta correcta. Por lo menos para la cuestión de la violencia. Entre el trabajo analítico y el trabajo corporal, hay articulaciones posibles, pero en regla general cada uno evita al otro.

Las terapias de choque implementadas en Estrasburgo no apuntan al conocimiento, a la práctica y dominio de un deporte de combate. No se trata de eso ni de un club deportivo, donde aprenderíamos a convertirnos en Schwarzenegger o Rambo...

Las terapias de choque utilizan los gestos del boxeo, pero aquí termina la comparación. Sin volver sobre aspectos teóricos, prefiero hablar de la terapias de choque como una estrategia de acción.

Me parece importante precisar que el traumatismo fija al sujeto en su historia y, le impide actuar de otro modo que no sea repitiendo siempre el mismo escenario que recrea la misma situación. Esto es lo que le bloquea y le hace "especial" a los ojos de los demás, en una progresión bastante continua: primero, difícil de comprender, enseguida insoportable, inmanejable, para prontamente tornarse irrecuperable.

El mismo escenario es violento para el sujeto y su entorno. *La exclusión es con frecuencia un llamado para que cese esta repetición.* Es entorno de esta dimensión que intentan intervenir las terapias de choque.

Jean Allouch, psicoanalista, dice: "*La salud mental, es poder pasar a otra cosa.*" Ante sujetos violentos o víctimas, percibimos que están fijados en aquello que vivieron y no pueden pasar a otra cosa.

Un ejemplo. Un joven delincuente, cuya historia podría titularse "las viejas, las carteras y el joven". El tenía la costumbre de atacar ancianas en las salidas de ómnibus y arrancarles su cartera.

Hasta aquí, nada particularmente interesante, ni muy original en su actitud. Entraba en un tipo delictivo tradicional.

Un día el escenario inicial y repetido sin cesar se modificó porque una mujer decidió permanecer prendida de su cartera. Como el tiró de la cartera con la mujer detrás, ella gritó. Para hacerla aflojar, él le dió unos puntapiés.

Para él, en ese momento, la situación viró. Se dió cuenta que no era al dinero a lo que apuntaba, ni a la anciana, sino a los gritos.

Al poner esto en escena, volvió al traumatismo inicial. Cuando era pequeño, vivía en casa de sus padres. Sus abuelos vivían debajo. Cuando el padre estaba muy borracho, el niño dormía en casa de los abuelos.

Pero éstos también eran de bebida fácil. Cuando el abuelo estaba borracho, le pegaba a la abuela quien venía a refugiarse debajo de la cama del nieto y el niño dormía con los gritos de su abuela.

Unos quince años después, el escenario, de algún modo bien distinto, en un contexto diferente, se reproducía. Lo que le producía gozo era oír gritar a la mujer.

Como consecuencia de un trabajo emprendido con él, no se convirtió en fabricante de carteras ni voluntario en una casa de ancianos. Permaneció en su contexto, como era, pero pudo pasar a otra cosa.

"No sé qué es lo que me agarra." Es una frase muy pesada que con frecuencia oímos al responsabilizarnos de sujetos violentos.

Hay algo del orden de la posesión en la violencia. Las terapias de choque constituyen el marco que pretende permitir a un sujeto pasar de una cosa a otra, si tal es su deseo.

Si califico el marco teórico o teórico-práctico de las terapias de choque, estoy obligado a hacer el elogio de la hibridez. No es nada inocente, ya que es un punto de identificación entre nosotros y los otros.

¿Por qué? Si tuviéramos tiempo, haríamos venir a uno o dos boxeadores. Les mostraríamos lo que ocurre en el marco de las terapias de choque y ellos dirían que no es boxeo.

Si hiciéramos venir a psicoanalistas, tendrían el mismo discurso. Tienen razón. No es ni psicoanálisis ni boxeo. Es un híbrido.

Es a partir de conceptos psicoanalíticos y de una práctica de boxeo que Richard Hellbrunn implementó este trabajo. *Ningún discurso constituido, puede hacerse cargo de la violencia.* Hay que encontrar sistemas híbridos o desvíos para intentar avanzar un poco.

La definición de la terapia de choque es híbrida. Sin duda existe allí un lugar que debe permitir a las personas violentas, entender algo de su historia a partir de un marco que no es puro, duro y ortodoxo.

Tomad un sujeto violento. Hacedle subir sobre un tatami. (3)

Durante los diez minutos siguientes se va porque no soporta los ritos de las artes marciales. Viene para romper pero no para ponerse de rodillas, saludar, etc.

Aquél que ya logra entrar en este sistema ritual, está más allá de nuestras preocupaciones. Lo mismo si ustedes piensan que podría soportar un marco analítico: el analista tiene entonces interés en tener un buen seguro... En las terapias de choque es: nos pegamos y hablamos de ello después.

Es un espacio preciso al interior del cual van a moverse, al menos, tres personas: Richard Hellbrunn u otro terapeuta habilitado, el sujeto solicitante y un tercero. Cada uno se

3. Tatami: tapiz sobre el cual se desarrollan los encuentros en las artes marciales.

pone guantes de boxeo por una razón relativamente simple: un golpe de puño con guante es menos peligroso que sin él.

Se ponen de acuerdo respecto de la potencia del golpe, de las zonas prohibidas y fijan un minuto treinta de combate. En un minuto treinta, las personas harán un rodeo de quince años en su existencia.

Cada uno puede parar cuando quiere porque con el contrato inicial de golpe atenuado, a veces hay desbordes. En todo momento el marco puede ser detenido o recuestionado.

La persona se explica si desea parar. Al término del minuto treinta, el trabajo comienza. El sujeto comparte los sentimientos que experimentó durante el combate y las representaciones que tuvo.

Por ejemplo, al nivel de impactos, con mucha frecuencia, el sujeto golpea el lugar del cuerpo donde el mismo recibió golpes. Las mujeres embarazadas protegen su vientre pero golpean sistemáticamente en el del otro. En espejo.

A partir del momento en que el golpe es siempre en el mismo lugar, rápidamente, tenemos una indicación de lo que pudo pasar, de la zona de la cara o del cuerpo que fue traumatizada.

Los patoteros, que son especialistas en quebrar narices, dan cabezazos. Después de la discusión, descubrimos que hubo un máximo de narices rotas en su familia. El escenario repite siempre el traumatismo inicial.

La localización del golpe dado corresponde a la zona del golpe recibido

Este trabajo puede durar un minuto treinta. Generalmente, se trata de varias sesiones. Paradójicamente, el sujeto delincuente descubre que los golpes más inofensivos le dañan en estos combates.

Existe una enunciación en el golpe recibido, a partir del momento en que el marco es respetado y en que no se trata de una destruc-

ción, sino de una puesta en escena que concierne a la violencia. La relación con el cuerpo del otro se modifica porque la relación con el cuerpo del sujeto cambió.

Por un minuto treinta de intercambios, generalmente, hay alrededor de una hora o una hora y media de trabajo con el sujeto. El elige el ritmo de las sesiones y su número.

Este trabajo se dirige, primero, al sujeto violento, tomado como tal. En los barrios difíciles, en prisión. Se trata de solicitantes y no de convocados por la institución, de lo contrario el trabajo es absolutamente imposible.

Cuando se trata de sujetos que viven en instituciones, jamás vienen solos sino acompañados por una persona de su elección. Cuanto mayor es la distancia entre Estarburgo y el lugar, más fácil es el trabajo porque, durante el traslado, hay muchos intercambios. Al llegar, una parte de la cuestión está arreglada a un nivel particular.

El trabajo tiene lugar en Estrasburgo, pero el sujeto después vuelve a su institución. A fin de evitar caer en la trampa de este fin de siglo, o sea, instituciones de tal modo hiperespecializadas que algunas serían para sujetos violentos, en un proceso peligroso de dimisiones alternadas.

Raramente nos trasladamos a las instituciones, salvo cuando el trabajo concierne a la totalidad del equipo educativo. Al fin, este tipo de trabajo se dirige a aquellas y aquellos confrontados a la violencia, profesionalmente o personalmente, o ambas situaciones a la vez.

Es otra dimensión de las terapias de choque: la de la formación que implica a las escuelas de educadores especializados, de la administración penitenciaria, del personal de la PJJ (Protección judicial de la juventud) y para los bancos. Si una agencia bancaria ha sido atacada, podemos intervenir para trabajar el traumatismo con el conjunto del personal implicado.

Por ejemplo, en Vaucresson, se implementa desde hace dos años un ciclo de cuatro veces tres días para el personal de la PJJ. Este marco es presentado a los pasantes y, cada uno puede avanzar según su historia en la organización y la gestión de la violencia en general y de la suya en particular.

Porque ocurren sorpresas. Por ejemplo, cuando los sujetos se presentan como no violentos. Es necesario tomar muchas precauciones cuando les damos la autorización de medir hasta qué punto son no violentos... Hay paradojas interesantes para trabajar.

Esta dimensión clínica de formación e investigación es importante. ¿Por qué un sujeto tiene intención de actuar? ¿Qué es un acto? Una terapia de choque se presenta como un momento importante para quienquiera desee saber más sobre su modo de ser violento o de vivir una situación donde encuentra la violencia en tanto víctima.

No se trata de volver a pegar los pedazos, sino de ayudar al sujeto en la obtención de sus propias respuestas, a fin de que pueda pasar a otra cosa. El trabajo no es fácil. No atrae necesariamente simpatías. (*)

Resumen

La violencia debe dejar de ser ocultada y rechazada, y formar parte de la investigación clínica. El autor recomienda, además, las terapias de choque, en que sujetos violentos y víctimas se encuentran, con vistas a que los actos agresivos sean sustituidos por la palabra.

* El artículo corresponde a un texto elaborado a partir de la conferencia de Pascal Martin, psicoanalista de Estrasburgo, en la UNESCO en 1992, y aparecido bajo la forma de dos artículos en *Sauvergarde de l'enfance*, N^o 3 y 4, 1992.

La publicación en la revista *Fronteras* corresponde a la traducción del texto publicado por *Travail Social* realizada por Carmen Terra y Antonio Pérez García.